Provincias centrales

Hasta aquí las únicas vías de transporte utilizadas en mis excursiones por el Istmo, eran el buque de vapor, el ferrocarril y la cabalgadura. Faltábame utilizar el automóvil, el vehículo por excelencia de los tiempos modernos, con perdón de la aeronave que todavía no está suficientemente divulgada ni comercializada. Se me brindaba, para llenar ese vacío, una ocasión propicia: la necesidad de visitar las provincias del interior en la parte surcada por carreteras nacionales que han venido consumiendo de pocos años a esta parte, en aras del "progreso y la utilidad" que cantaba Mr. Anderson, varios millones del presupuesto de la República no incluidos en los llamados "millones de la posteridad".

El hecho es que un día la junta Central de Caminos, por disposición de su ingeniero en jefe, Don Tomás Guardia, comisionó a uno de los ingenieros bajo sus órdenes, el Sr. Antonio Henríquez, para que me acompañara en una excursión por el interior y me proveyera no solamente de su grata compañía sino también del vehículo, del chofer y del combustible necesario para el viaje. Y una mañana de marzo salimos los dos de la capital en viaje de observación, estudio y acopio de materiales populares y tradicionales por el interior de las provincias de Panamá, Coclé, Herrera, Los Santos y Veraguas.

En San Blas e Higuerones había estudiado dos meses antes el "enigma popular" indígena. En David, esbocé apenas el enigma popular panameño. Aquí la voz panameño no excluye a los indios, a los negros, a los blancos ni a ninguno de sus cruzamientos; ella comprende precisamente todos los matices étnicos y todas las variedades políticas de nuestra nacionalidad, y en esa acepción se distingue de la voz

aborigen o indígena con que designamos exclusivamente a los descendientes de Urraca y Panquiaco.

El "enigma" de estos últimos es el de una minoría de raza, de religión y de lengua, perfectamente caracterizada. El enigma nacional panameño es otro: es el que se expresa en lengua castellana por individuos o grupos pertenecientes a las razas puras o mezcladas que se han incorporado ya a la civilización occidental de que somos tributarios y que han formado el alma nacional al amparo de los principios de la moral cristiana. De allí nace un folklore más complexo, más rico y variado, donde los elementos de origen indígena, europeo y africano, combinados en proporciones variables, entran en acción para formar el extraño compuesto étnico, lingüístico, político y espiritual que responde hoy al calificativo de "panameño".

Henríquez, mi compañero, avezado a disciplinas científicas y artísticas desde temprana edad, demostraba vivo empeño por conocer el objeto y alcance de mis investigaciones y cooperar a su realización. El primer día llegamos temprano al *ferry-boat* de Pedro Miguel, la barca que transporta cada media hora, durante las horas laborables, a los panameños y extranjeros residentes de la República que necesitan pasar de una a otra orilla del canal. El canal ha partido en dos nuestro

Calle de Capira

Iglesia de Capira

territorio y extiende virtualmente su poder aislador, digamos así, a una distancia de cinco millas a cada lado de su eje en toda la "zona" sometida a la jurisdicción de las autoridades canaleras, "como si fueran soberanas" en el territorio que administran, según reza el Tratado. Es, en mayor escala, el caso de un ferrocarril que dividiera en dos partes un predio urbano atravesado por él, seccionándolo e incomunicándolo. No se necesita ser economista ni estadista de altos vuelos para comprender los perjuicios inherentes a esta incomunicación. Tampoco se necesita ser ingeniero para comprender que el expediente de la barca de pasaje, medio de locomoción intermitente y de capacidad limitada, es apenas un *pis aller* que no resuelve satisfactoriamente el problema; un puente de estructura permanente sobre el canal es la única solución que, a falta de otra mejor, nos parece necesaria y completa.

Nuestro *Chevrolet* y sus pasajeros entramos al *ferry* a una señal del guarda y esperamos hasta que la barcaza se desplazara perezosamente entre las dos orillas, lo que hizo en cosa de diez minutos, eludiendo los barcos de vapor que en sentido opuesto cruzaban el canal con dirección a las esclusas.

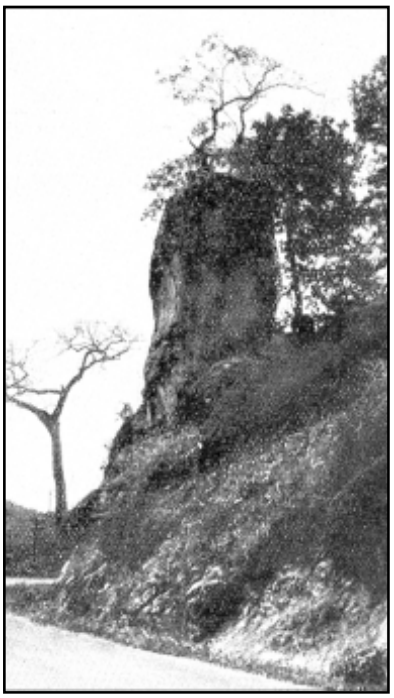
Yo había preparado antes de emprender esta excursión un memorándum o interrogatorio escrito para dejarlo, con la venia del Gobierno, en manos de las autoridades políticas o docentes de cada locali-

dad susceptibles de cooperar en la búsqueda de materiales en que me hallaba empeñado. Nuestra primera parada fue en Paja, lugar de reciente fundación, sin historia ni tradiciones. El maestro de escuela, Torrijos, vino afablemente a mi encuentro, recibió el memorándum y prometió satisfacer mis deseos allegando cuantos datos pudiera en su distrito escolar.

De Paja seguimos, entre torbellinos de polvo levantados por los automóviles que nos cogían la delantera, hasta orillar el Coco, lugar de triste recordación, donde se dice que una colonia o grupo de inmigrantes alemanes sepultó vanamente el fruto de su trabajo, de sus esfuerzos y economías, juntamente con los dineros que le anticipó el Erario panameño, en una tentativa desgraciada a favor del fomento de la inmigración europea.

En cambio, a poca distancia de allí había triunfado en toda la línea un inmigrante europeo, el difunto Orsini, con su finca inmediata a Capira que todavía consuela y reconforta a los que no desesperamos del porvenir de la República ni de su aptitud para asimilar al inmigrante blanco. Orsini no se limitó a crear esa hermosa finca que lleva su nombre, sino que levantó una numerosa familia que perpetuará su nombre y su sangre en la República.

Naranjales de la Campana



Cerro Campana

Más adelante ascendíamos las alturas de La Campana y bajabamos del carro a desentumecernos los miembros bajo los frondosos naranjos cargados de frutos que podíamos alcanzar con las manos. La cultura de la naranja es la riqueza de esta región.

Entre La Campana y Bejuco hay un punto del camino donde una piedra enorme parece desprenderse del cerro que lo orilla y amenazar la vida de los transeúntes. Es un efecto semejante al que produce la Torre inclinada de Pisa, si bien se encuentra disimulado aquí en la vista de Cerro campana. En Bejuco conversé con el Corregidor, Pedro Moreno Escobar, y el Director de la Escuela, Víctor Avila, después de entregarles copia del memorándum. Manifestaron también interés por la obra y deseo de cooperar en ella, pero estas promesas, como las del maestro de Paja, no llegaron a cumplirse, no por falta de voluntad sino porque las condiciones en que se debaten estos pueblos, su absoluta carencia de bibliotecas y de memorias escritas, y el nivel de la cultura local hacía de todo punto imposible esa cooperación. La Iglesia es en Bejuco el monumento más importante de la población.

En Chame nos recibió Jorge Calipoliti, el Alcade, de notoria ascendencia helénica. Conversé con él y con la Directora del la Escuela, Sra. Waldina Montenegro de Ávila, les entregué el memorándum y añadí algunas explicaciones orales, pero, como en las ocasiones anteriores, sin éxito final y por idénticas razones. Como en Bejuco, la Iglesia, aunque pobre, es en Chame el principal monumento del lugar. Chame va unido en el recuerdo panameño al célebre dicho que ha

Calle de Bejuco

dado la vuelta a la República: "Chame en *revesina* [37] es mecha, y esa sí no me la aguanto yo".

San Carlos es una población sonriente y alegre donde hay un Alcalde que vale por todo un Consejo Municipal. Vianor Bellido.

Este Alcalde o palo de tal, como se llama en el vernáculo Panamá a los hombres que sobresalen en alguna función o cualidad, por su comprehensión intuitiva de las cosas no podía dejar de colaborar en esta obra de reafirmación personal e histórica de la República, y algunos de los datos que ella encierra provienen de él. A Bellido le debe San Carlos, en gran parte, su estado actual de progreso y bienestar. Sus calles están en excelente condición y hay un afán de mejorar que es indicio de gran vitalidad. La Iglesia es también allí la institución preponderante del lugar.

De El Higo recuerdo al Corregidor Sr. Martín Vásquez, y al Director de la Escuela Pública, Sr. Manuel Higuero Guardia, por más que el resultado de mis investigaciones en esa región fuera igual al alcanzado en los demás distritos y corregimientos, como no podía menos de esperarse.

Otro tanto puedo decir de Río Hato. Allí el Corregidor, que responde al nombre de Sebastián Ponce Aguilera, y el Director de Es-

37 *Revesina*, modo de hablar que consiste en invertir el orden de las sílabas de cada palabra.

Iglesia de Chame

cuela, Sr. Serafín Barnett, me hicieron en pleno llano los honores de la hospitalidad; pero no me perdono todavía el haber pasado de largo sin visitar a mi viejo amigo Salomón Ponce Aguilera, recluído en esas interioridades de nuestra República después de haber dado lustre al nombre de su país en centros intelectuales como Bogotá, donde lo recuerdo al frente de *La Revista Gris*, en compañía de otro viejo amigo: Maximiliano Grillo, que ha escogido como lugar de retiro un centro mucho menos apartado: París. No puedo olvidar la hospitalidad intelectual que estos dos publicistas me brindaron en su Revista acogiendo los primeros ensayos de mi adolescencia sobre folklore musical colombiano. ¡Cuántas cosas interesantes me habría dicho y ense-

Alrededores de San Carlos

ñado este hijo de la Patria en su retiro de Río Hato! Él, que con voluptuosidad regional se ha internado voluntariamente en uno de los rincones más remotos del país y que por su vasta cultura literaria sabe de nuestro folklore lingüístico y costumbrista quizás más que ningún otro panameño viviente!

De Río Hato pasamos a Antón, foco de actividad folklórica que el azar me hizo conocer desde México, donde viven desde hace varios años cinco antoneros distinguidos: los hermanos Aguileras, Rafael y Edda, dedicados al estudio de la medicina y la geografía, y los tres hermanos Bernales, Franklin, Juan y Blanca, quienes se especializaban en el estudio de la milicia, la medicina y la geografía, respectivamente. ¡Oh! ¡los gratos recuerdos de aquellas sesiones íntimas en la Legación de Panamá, donde las muchachas antoneras, con una paciencia benedictina se aplicaban a detallarme nota por nota, palabra por palabra, los cuplés del *tambor* regional, mientras los varones se ingeniaban reproduciendo sobre las tablas de las mesas y los asientos de las sillas los ritmos y los timbres característicos de *pujadores*, *repicadores* y *tamboras* que formaban una pluralidad rítmica cuyo exotismo me arrastraba a trasladarla inmediatamente al papel pautado en forma de partitura!

Llegué a Antón como se llega a Roma, lleno de los recuerdos de la ciudad, sin antes haberla visto nunca, y sin inquietarme por revolver

Campos de Río Hato

Alrededores de El Higo

los archivos vivientes de sus costumbres y tradiciones que desde México había comenzado a conocer y a fijar por escrito.

El Alcalde, Sr. Bernal, pariente de los estudiantes de México, y el Director de la Escuela Pública, Sr. Fabio Urriola, me escoltaron a la morada de los padres de los Bernales de México, a quienes debía, juntamente con los Aguileras de México, las primeras revelaciones del folklore antonero. Todos me acompañaron después a la Plaza Mayor, donde funciona el pozo artesiano con sus aspas pintorescas y se levanta la Iglesia con su altar mayor decorado por el cuadro milagroso del Santo Cristo de Esquipula.

Río Hato. La sabana.

Aquí fue donde Fabio Urriola echó su barba en remojo en materia de tradiciones locales y tomando la palabra en frente del santo milagroso, nos hizo el relato circunstanciado de esa leyenda. Ella aparecerá en los apéndices de este volumen cuando se den a la publicidad.

Esa misma tarde seguí rumbo a Penonomé con ánimo de pernoctar allí. Mi primera visita en la cabecera del Distrito de Coclé, fue para el conocido hombre político, literato y arqueólogo, Don Héctor Conte B. Su residencia es riquísima en objetos prehistóricos que concurren a hacer de ella un museo privado de alto interés arqueológico. Su consejo es en extremo útil para quienquiera que se empeñe en achaques de folklore istmeño, y de su plática amena e instructiva no puede sacarse sino placer y provecho.

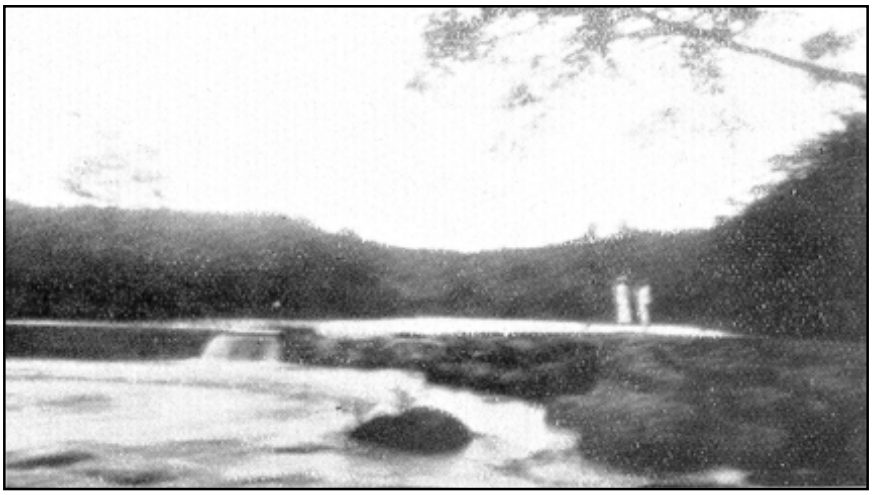
Para Don Héctor los indios de Penonomé han salido ya de la vida de tribu para incorporarse definitivamente a nuestra civilización. Se bautizan —me decia él— se confiesan, se casan y se entierran conforme a los ritos del culto católico. En los campos hay curanderos que los indios llaman *maestros*. Ellos suplen la falta del médico, y sus medicinas son generalmente hojas de árboles, raíces y cogollos con los cuales hacen infusiones o cocimientos que aplican exteriormente como como baños aromáticos, fricciones o sobijos [38], interiormente en forma de tisanas. Don Héctor sostiene que los indios panameños sólo visten telas extranjeras como el resto de los campesinos de la República, pero pasa por alto los trajes de los *cucuás*, he-

Altar de la Iglesia de San Carlos

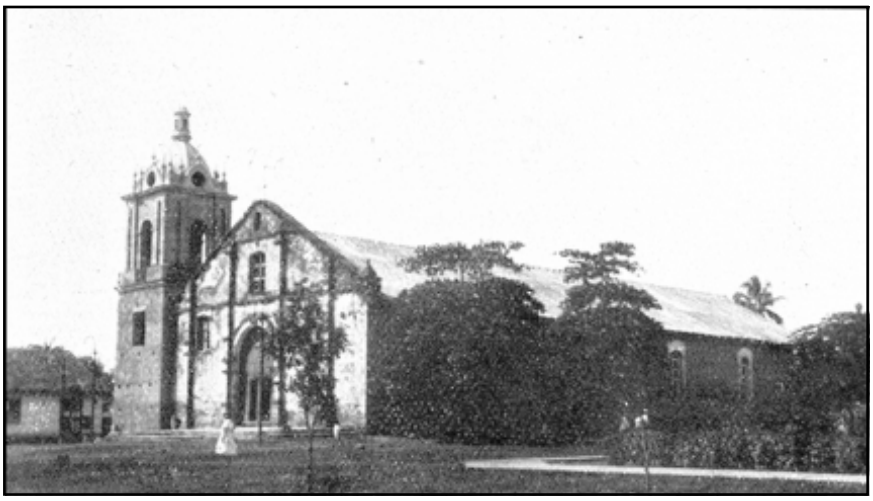
38 *Sobijo*, voz americana equivalente a la castiza *soba*.

Antón. Iglesia y pozo artesiano.

chos de cortezas de árboles, como los sombreros criollos que ellos también hacen y de los cuales deberían estar orgullosos. Me pareció descubrir en mi distinguido amigo —y ojalá sea infundado mi temor— cierta prevención contra un posible resurgimiento de las tradiciones, leyendas y mitologías indias, como si la conservación y el estudio de esos vestigios históricos pudiera operarse en desmedro de la fe católica de los indígenas; pero tranquilícese Don Héctor en lo que me concierne: mis investigaciones —se lo aseguro— no se encaminan a tur-



Penonomé. Río Sarati. Baño de las Mendozas.



Santiago. Iglesia.

bar las conciencias católicas ni intervienen para nada en el fuero privado de las personas.

Nuestra conversación se reanudó horas después en el hotel del lugar, cuando Don Héctor fue a corresponderme la visita acompañado de altas autoridades políticas y docentes: el Gobernador Don José María Grimalde, el Alcalde Don Juan B. Quirós, el Inspector de Instrucción Pública Don Hernando Quirós, y el Director de la Escuela Pública, Don Fernando Lombardo. El día siguiente en la madrugada, continuamos nuestra marcha a Santiago con el propósito de establecer allí el centro de nuestras operaciones. Penonomé tenía en un principio grandes atractivos para mí. La lectura reciente de los trabajos de Hyatt Verryll sobre una cultura antigua cuya sede localiza en Coclé, así como las teorías extrañas que con tal motivo sustenta este autor, contrariando todas las ideas consagradas en la materia, me inclinaban a trasladar a la cabecera de la Provincia de Coclé mi cuartel general. Pero Don Héctor Conte, cuya imparcialidad nadie puede sospechar, calmó de raíz mis ardores coclesanos calificando de visiones los hallazgos arqueológicos de Hyatt Verryll y de hiperbólicas sus teorías sobre la irradiación de una cultura prehistórica coclesana de la cual pasaban a ser simples tributarias las civilizaciones tolteca, maya, chibcha y

preincáica que le sucedieron. Ya un ilustre visitante de Panamá, el General Dawes, Embajador de los Estados Unidos en Inglaterra, contaminado por la fantasía optimística del escritor norteamericano y creyendo encontrar en el potrero de Doña Hortensia Grimaldo cuyo subsuelo trajinó Hyatt en todo sentido, la sede de la moderna Pompeya, estuvo a punto de realizar esa misma excursión de la cual pudo disuadírsele a tiempo. A Héctor Conte B. se le debe ese cambio de frente en los proyectos del General, y yo no sé si fui el segundo beneficiario de la experiencia y los consejos de mi buen amigo coclesano, o si otros me habían precedido ya en el disfrute de ese privilegio. En todo caso, mi reconocimiento para con él es sincero y cordial.

Aguadulce fue mi siguiente punto de parada. En esa población se ofrecieron a colaborar en la colección de datos sobre folklore regional: Abel Pedreschi, Alcade; Francisco Isturaín, Director de la Escuela Pública y Rogelio Robles, Director de la Escuela Normal Rural. Por todos ellos cumplió ampliamente Francisco Isturaín. Sus informes extensos y bien documentados alimentarán sin duda muchas y muy interesantes páginas de los apéndices venideros de esta obra. Gracias sean dadas al distinguido pedagogo y una felicitación muy expresiva por su brillante labor.

De Aguadulce a Santiago la jornada era larga, y tuvimos que hacer un gran trecho de noche, a la claridad de la luna y al favor del relente.

Cercanías de Santiago.

Era pasada media noche cuando llegamos al hotel. Desde el siguiente día comencé a recibir la bienvenida más cálida y la cooperación mejor intencionada del Gobernador, Don Alfredo Calviño; del Alcalde, Don Emilio Sierra; del Director de la Escuela Pública, Don Jorge Alcedo; del Inspector de Instrucción Pública, Don Foción Tejada; del Médico Oficial, Dr. Milcíades Rodríguez, y del Teniente de Policía, Don Raúl Alba, yerno del difunto Don Aquiles Vanucci que tanto escribió sobre las costumbres de los indígenas de Chiriquí y Veraguas, al punto de considerársele hoy como una autoridad en la materia.

El primer día pasó en cortesías de protocolo; pero la segunda noche de Santiago fue para mí un rico filón de tesoros folklóricos. Gracias a los caballeros arriba mencionados, y a otros que con ellos colaboraron en una forma anónima y decisiva, se pudo improvisar esa noche, que no era sábado ni domingo, un *tambor* popular. A cierta hora de la noche transformose el *tambor* en *tuna* [39] , lo que no es poco decir, pues cuando una reunión de esa clase puede levantar vapor suficiente para pasar del estado sedentario al estado transhumante, que no otra cosa es la transformación del tambor en tuna, su éxito es completo y hay que quitarse el sombrero con respeto ante sus organizadores. La música y letra de esas obras de arte popular aparecen en el lugar correspondiente del capítulo final de este libro.

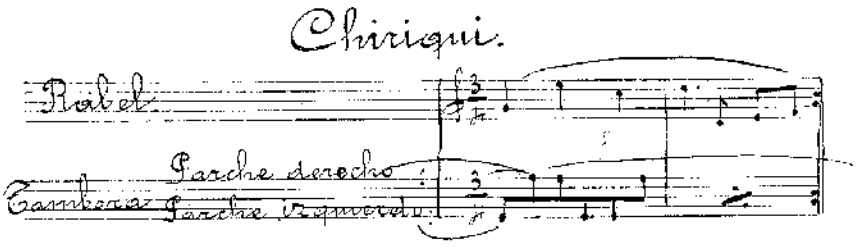
Campesino de Veraguas

Un día después, Henríquez y yo nos encaminábamos muy temprano a Soná, adonde llegábamos a mediodía. Allí fuimos recibidos con grandes demostraciones de afabilidad y

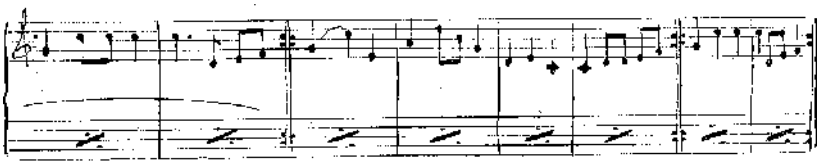
39 *Tuna*, tambor que se baila recorriendo las calles en procesión.

simpatía por el Alcalde, Don Manuel M. Arosemena; el Inspector de Instrucción Pública, Don Manuel S. Aquino; el Director de la Escuela Pública, Don Milcíades Rodríguez —homónimo y sobrino del Médico Oficial de Santiago—; el Ayudante del Inspector, Sr. Plinio, M. Ortiz y *last but not least,* el Médico Oficial, Dr. Jorge E. Abadía. Todas esas comitivas locales improvisadas se ponían en acción cada vez que llegábamos a alguna localidad para organizar dentro del escaso tiempo que teníamos disponible alguna manifestación interesante de arte regional. Los preparativos tomaban algún tiempo y era siempre de noche cuando se lograba *poner* [40] algún baile o dar alguna representación teatral. En Soná comenzamos por un arreglo teatral semejante al de la Escuela Normal Rural de David que describía la institución popular de la *junta.* No recuerdo precisamente el argumento de la pieza, pero en ella tomaban parte alumnos de ambos sexos de la Escuela Pública y todo terminaba en un ambiente de regocijo y alegría, entre demostraciones coreográficas del arte popular, alternando entre sí el *pindín* y el *chiriquí,* la *mejorana,* el *punto* y la *cumbia.*

Los *menestrales* que tocaban el tambor en la Escuela Pública de Soná la noche que allí se representó esa comedia folklórica en mi honor, ejecutaron una danza popular llamada "Chiriquí" que se baila mucho en esa región y que por la primera vez plantea resueltamente el ritmo ternario, no en forma de 3/8 ni de sus derivados 6/8 y 9/8, como la mejorana y el punto, sino en forma de 3/4, esto es en compás ternario con subdivisión binaria de la unidad de tiempo. Un espécimen rítmico tan raro en el folklore musical del Istmo, no podía pasarse por alto en este capítulo. Helo aquí:



40 *Poner* un baile o poner tambor, es la expresión consagrada por organizar un baile o un tambor.



Este baile es colectivo. Los hombres a un lado y las mujeres al frente, al estilo de la cuadrilla, pero separados unos de otros de modo que los hombres puedan avanzar en fila hacia el lado de las mujeres y viceversa, sin chocar, cruzándose no más.

En la tarde, antes de caer el sol, en un campito de los egidos de Soná cuyo nombre no ha conservado mi memoria, visité en su bohío a un *luthier* sonaeño, de trato en extremo interesante. *Lutherie* se dice en Francia al ramo de ebanistería que se especializa en la fabricación de instrumentos de música del género de los violines, y su nombre viene de *luth* (laúd). No conozco palabra castellana con que traducir la voz francesa *luthier.* Cuando recuerdo que *Le Luthier de Crémone,* de Francois Coppée, fue traducido al castellano como "El violinista de Cremona", no puedo reprimir un gesto de protesta. El *luthier* fabrica violines pero no los sabe tocar; traducir esa palabra por violinista es un despropósito manifiesto. ¿Cuándo encontrarán los literatos y lexicógrafos españoles un equivalente castellano de *luthier?* Los *luthiers* del Istmo construyen un violín criollo que llaman *rabel* y del cual me ocuparé en detalle más adelante. Deseaba vivamente poseer uno de esos instrumentos y procedí a contratar en firme su construcción; pero, en materia de plazo y de precio, el *luthier* no quería de ninguna manera precisar. En punto de precio, sobre todo, la indecisión del artífice provinciano se di-

Campesina de Veraguas

Cercanías de Soná.

luía en argumentos especiosos e interminables: no podía fijar de antemano el precio de la obra porque dependía del tamaño del instrumento, y dada la elasticidad de la madera que se usa para fabricar el rabel, no podían conocerse —decía el— sus dimensiones por adelantado. A veces se cortaba la madera creyendo que se iba a sacar de ella un rabel grande y resultaba pequeño, o viceversa. Comprendí a pocas vueltas que me convenía contratar de una vez un rabel de grandes dimensiones y del más alto precio: y ya con estas precisiones, el *luthier* fijó finalmente el precio en cinco balboas, pero sin comprometerse a nada en materia de plazo.

Mientras esta laboriosa transacción se llevaba a cabo, nos informábamos que en otro bohío del mismo campo había un vecino que poseía un rabel del tamaño, calidad y precio que yo acababa de contratar, y allá fuimos todos a dar. El campesino *dilettante* no solamente exhibió el *rabel* sino que a ruego nuestro consintió en tocarlo e hizo que un chico, acaso un hijo suyo, tocara la "caja" para hacerle el acompañamiento rítmico a una *cumbia* regional. Esta pieza aparece transcrita en el capítulo final, pág. 317.

De tiempo atrás la reputación de Gilberto Cornejo, ilustre trovero de la región, me era conocida. Y era de suponerse que aprovecharía

mi visita a Soná, lugar de su residencia, para conocerlo y admirarlo. Desde luego, Cornejo fue de las primeras personas en serme presentadas esa noche, y no se hizo de rogar para demostrarme sus habilidades. Empuñando la *mejoranera* de que venía armado, y secundado además por un tocador de "bocona" que le seguía como el *kansueti* al *kantule* de los cunas, Cornejo empezó a cantar, no sé si de improviso o de memoria, varias endechas cuya letra tampoco supe si era de su composición o de cercado ajeno. Me inclino, a creer lo primero, pues Cornejo tiene todas las trazas del poeta-músico, como la mayor parte de los troveros populares de la América española.

Después de las audiciones que en obsequio mío habían organizado en la Escuela Pública el Director Rodríguez, el Inspector Aquino y su ayudante Ortiz, pasamos a un *tambor de orden* que en obsequio mío igualmente había organizado en su casa particular el Alcalde Arosemena. Fue en ese tamborito donde el estro fecundo de Gilberto Cornejo se mantuvo todo el tiempo al nivel de su fama. La expresión *tambor de orden* no implica que haya tambores de desorden, como una lógica rigurosa parece implicar; ella designa, simplemente, un baile popular dentro de una residencia urbana y no al aire libre, como el tamborito a secas. "Tambor de cuerda" es otra expresión corriente en la República para designar ese mismo baile cuando a su instrumentación puramente rítmica de pujador, repicador, caja y sonajero, se añaden, —con muy poco gusto estético, por cierto— partes de violín y contra-bajo o flauta que lo descaracterizan equiparándolo a los bailes

Soná. Altar de la Iglesia.

Los Marañones.

de parejas como el valse, el pasillo, el fox-trot y otros que los campesinos, por analogía con la "persoga" de novillo y buey, denominan pintorescamente "bailes apersogados".

Olvidaba apuntar que en la mañana de nuestra excursión a Soná y a poco andar de Santiago, tropezamos con el sitio llamado *Los marañones*, paisaje demasiado tentador para escapar a la puntería certera del *kodak* de Henríquez.

De Soná tornamos a Santiago y nos dirigimos a la Mesa, donde fuimos atendidos a cuerpo de rey por el Alcalde Don Ignacio Alvarado, su Secretario el Sr. Medina, y sobre todo por los Alcedos, la familia política de Don Belisario Arango, en cuyo hogar hospitalario compartimos la rica mesa y el afable trato de los anfitriones durante el almuerzo que nos ofrecieron al regreso de nuestra excursión al *Barco de Piedra.*

Por este nombre de *Barco de Piedra* se conoce un haz de columnas pentagónicas o exagónicas de roca *balsáltica*, de unos tres metros de diámetro por unos diez de largo, que al desprenderse de la colina contigua, por efecto de algún sacudimiento terrestre, cayó al lecho del río de la Mesa y se mantiene allí desde hace siglos causando la admiración de todos los que visitan el lugar.

La naturaleza es tan excelente artífice que a primera vista esa maravilla natural, de un acantilado perfecto, de ángulos pulimentados y

regulares, nos pareció a todos los visitantes la obra, de alguna civilización prehistórica del género de la que creyó descubrir la fantasía de Veryll Hyatt en las columnas fálicas de Río Caño. La imaginación, que no reconoce límites a su actividad, nos impulsó a descubrir en la base posterior del *Barco de Piedra* una capa de cemento parduzco aplicada para ligar, a guisa de mortero, los numerosos pentágonos de la formación basáltica.

Este error de apreciación da la medida del poderoso interés que esta maravilla natural despierta en quienes la contemplan.

Si esta fuera una relación de viajes, en vez de un libro de folklore, me extendería en descripciones y consideraciones sobre la carretera natural que conduce a la Mesa. Ellas pueden presumirse, sin embargo, con sólo recordar el nombre de este Distrito, situado en una planicie natural que es otra maravilla divina, donde la junta Central de Caminos encontró resueltos de antemano todos sus problemas técnicos sin desembolsar un níquel.

De la Mesa fuimos a Santiago y de aquí a Chitré, lugar moderno este último, lleno de vitalidad y de ansia de progreso, pero campo estéril, por lo mismo, para el coleccionador de tradiciones, costumbres y documentos del pasado. Allí nos dispensaron cordial acogida el Gobernador de Herrera, Don Manuel Solís; el Alcalde, Don Manuel Porcell; el Inspector de Instrucción Pública, Don Ulpiano Rodríguez, y el Director de la Escuela Pública, Don Pablo Ríos. Pasamos de largo, en tránsito para Los Santos, mediante la promesa formal de regresar pronto a Chitré.

Río de La Mesa. El barco de piedra.

En la Villa de Los Santos me detuve poco tiempo. Lo necesario ape-

El barco de piedra, otro aspecto.

nas para tener idea de la que constituye el teatro popular istmeño propiamente dicho: la acción dramática de la derrota de Moctezuma por Hernan Cortés, acompañada de danzas, cantos e intermedios musicales; la lucha desigual del Diablo Mayor con el Arcángel San Miguel en la mojiganga de los grandiablos, al son de tonadas ejecutadas al compás de danzas tradicionales e instrumentos de música especiales; las expansiones coreográficas de los diablicos sucios en las calles, en los portales y en el interior de las casas, sobre ritmos de mejoranas, sones y toletones, y a golpes de vejigas de res. Pero la imposibilidad de luchar contra las costumbres, condenó a muerte mi propósito de presenciar en esos días una de esas representaciones populares, y tuve por fuerza que posponer la oportunidad para el día de Corpus Christi, fecha clásica de ese género de manifestaciones.

La Señora Teresa Henríquez, viuda de Solís, hizo de su casa en la Villa nuestro cuartel general y nos colmó de atenciones.

De la Villa de Los Santos, donde el Alcalde, Sr. Martín Martez y el Director de la Escuela Pública, Don Julio Cedeño H. nos dispensaron la mejor acogida, seguimos a Las Tablas. Allí se había organizado de antemano, mediante relaciones personales del Ingeniero Henríquez, mi compañero de excursión, una audición de rapsodos tableños con-